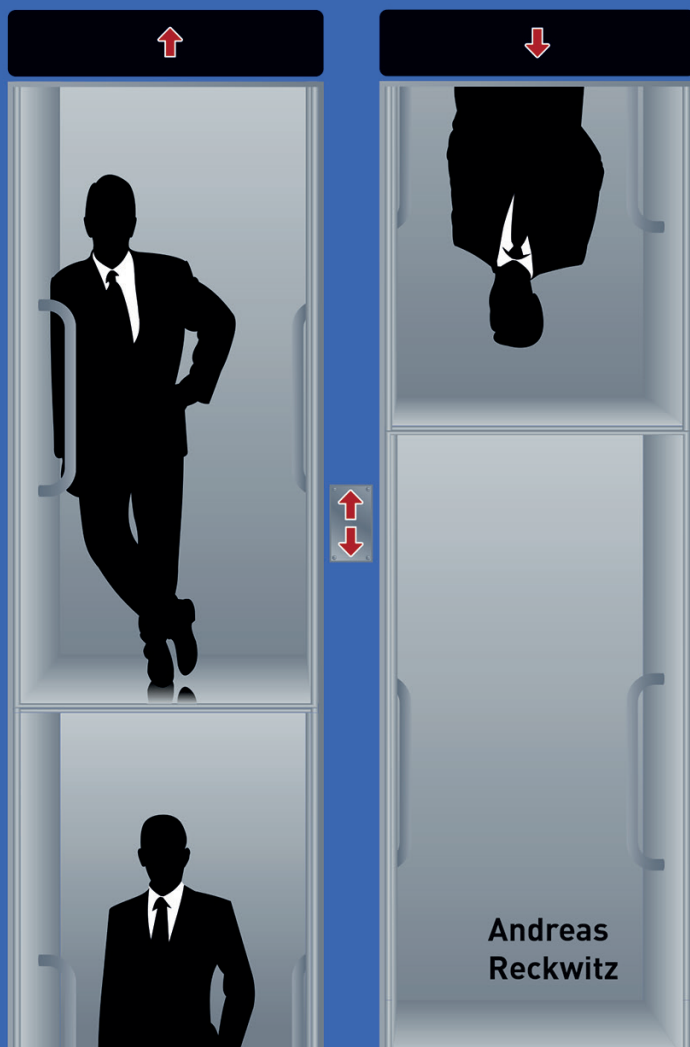


EL FIN DE LAS



ILUSIONES

Política, economía y cultura en la Modernidad tardía

nola
EDITORES

Hasta hace apenas unos años, la vida pública occidental se inclinaba hacia la aparente convicción de la existencia del progreso social. El avance triunfal de la democracia y de la economía de mercado parecían imparables en nuestro mundo global; la liberalización económica y la emancipación individual, la sociedad del saber y la pluralización de los estilos de vida aparentaban ser los principios rectores del futuro. Sin embargo, con el Brexit, el aumento progresivo de la polarización y la consecuente elección de Donald Trump se llegó a la dolorosa constatación de que se trataba de meras ilusiones.

Pero es precisamente ahora cuando se puede ver claramente la dimensión que ha alcanzado este cambio estructural de la sociedad. La vieja modernidad industrial ha sido disuelta por una tardomodernidad impregnada de nuevas polarizaciones y paradojas. El progreso y el malestar caminan muy cerca el uno del otro. En este luminoso ensayo, Andreas Reckwitz describe y detalla los rasgos centrales de la actualidad: la nueva sociedad de clases, las características de una economía posindustrial, los conflictos identitarios y culturales, el agotamiento que produce el imperativo de autorrealización y la crisis del liberalismo.



EL FIN DE LAS ILUSIONES

ANDREAS RECKWITZ

EL FIN DE LAS ILUSIONES

*Política, economía y cultura
en la Modernidad tardía*

Traducción de
LUCIANO ELIZAINCÍN

nola
EDITORES

Título original: *Das Ende der Illusionen.*
Politik, Ökonomie und Kultur in der Spätmoderne

© Suhrkamp Verlag Berlin, 2019
All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag Berlin
© de la traducción, Luciano Elizaincín
© de la presente edición, NOLA EDITORES

Revisión de la traducción: Virginia Pita
Diseño de cubierta: Sara Sirvent
Maquetación: Ostraca Servicios editoriales
Impresión: Kadmos

NOLA EDITORES
Apdo. de Correos 7065
c/Palos de la Frontera, 6-10
28012 Madrid (España)
<www.nolaeditores.com>

NOLA EDITORES es un sello editorial perteneciente
a Proyectos de Difusión de Contenido, S. L.
<www.prodiko.es>

Esta obra ha recibido una ayuda a la
traducción del Instituto Goethe.



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra puede ser realizada con
la autorización de sus titulares, salvo excepción previsto por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91-7021970/93-2720445).



Papel certificado por el Forest Stewardship Council

ISBN: 978-84-18164-22-4

ÍNDICE

	Pág.
Introducción: <i>El presente desilusionado</i>	7
Progreso, distopía, nostalgia	11
La desilusión como oportunidad	13
De la modernidad industrial a la sociedad de las singularidades	15
 1 LOS CONFLICTOS CULTURALES COMO LUCHAS EN TORNO A LA CULTURA: HIPERCULTURA Y ESENCIALISMO CULTURAL	25
La culturalización de lo social	27
Culturalización I: hipercultura.....	30
Culturalización II: esencialismo cultural	35
Hipercultura y esencialismo cultural: entre la coexistencia y el conflicto	39
<i>Doing universality: ¿la cultura de lo universal como alternativa?</i>	43
 2 DE LA SOCIEDAD NIVELADA DE CLASE MEDIA A LA SOCIEDAD DE TRES CLASES: NUEVA CLASE MEDIA, VIEJA CLASE MEDIA Y CLASE PRECARIA	51
El contexto global e histórico.....	56
El marco de condiciones: posindustrialización, expansión de la educación, cambio de valores.....	62
En el ascensor cíclico de la sociedad de tres clases	68
La nueva clase media: autorrealización exitosa y cosmopolitismo urbano	71
La vieja clase media: sedentarismo, orden y defensiva cultural.....	76
La clase precaria: abrirse paso y desclasamiento	81
La clase alta: distanciamiento a través del patrimonio	84
Características transversales: sexo, migración, región, entorno social .	86
Tendencias a la polarización política y futuros escenarios sociales..	98

3	MÁS ALLÁ DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL: POSINDUSTRIALISMO POLARIZADO Y CAPITALISMO COGNITIVO-CULTURAL	105
	Ascenso y caída del fordismo industrial.....	111
	Crisis de saturación.....	115
	Crisis de productividad y posindustrialismo polarizado	118
	Globalización, neoliberalismo, financiarización.....	125
	Capitalismo cognitivo y capital inmaterial.....	129
	Bienes culturales y capitalismo cultural.....	135
	Mercados winner-take-all: la escalabilidad y el atractivo de los bienes cognitivo-culturales.....	141
	Capitalismo extremo: la economización de lo social.....	148
4	EL AGOTAMIENTO DE LA AUTORREALIZACIÓN: EL INDIVIDUO TARDOMODERNO Y LAS PARADOJAS DE SU CULTURA EMOCIONAL	155
	De la autodisciplina a la autorrealización	157
	La autorrealización exitosa: una estructura doble y ambiciosa	161
	La cultura de la autorrealización como fuente de emociones negativas	166
	¿Cómo escapar de la espiral de la desilusión?	176
5	LA CRISIS DEL LIBERALISMO Y LA BÚSQUEDA DE UN NUEVO PARADIGMA POLÍTICO: DEL LIBERALISMO APERTURISTA AL INCLUSIVO	181
	Paradigmas políticos y paradojas políticas	184
	Áreas problemáticas y soluciones de problemas: entre el paradigma regulador y el dinamizador	188
	El ascenso del paradigma socio-corporativista.....	193
	La crisis de sobreregulación	196
	El ascenso del paradigma del liberalismo aperturista.....	199
	La triple crisis del liberalismo aperturista	205
	El populismo como síntoma.....	211
	¿Un «liberalismo inclusivo» como paradigma del futuro?.....	218
	Desafíos del liberalismo inclusivo.....	223
	Notas.....	233
	Bibliografía	257

INTRODUCCIÓN: EL PRESENTE DESILUSIONADO

Es curioso. Algunos hechos del acontecer mundial catalogados a posteriori como históricos los percibimos como testigos contemporáneos de forma meramente marginal mientras que, con otros, uno es capaz de recordar exactamente durante años el «momento» en el que sucedieron, el estupor y el asombro, el horror o la increíble alegría de que ocurriera algo que no se creía posible.

Así como soy capaz de recordar perfectamente «mi» 9 de noviembre de 1989 —el día en que cayó el muro de Berlín—, o el 11 de septiembre de 2001 —día del ataque terrorista al World Trade Center de Nueva York—, también tengo muy presente la mañana del 9 de noviembre de 2016. Al igual que muchas personas a lo largo y ancho del mundo, en los meses previos había seguido con creciente malestar las elecciones presidenciales de Estados Unidos: la sorpresiva candidatura de Donald Trump por el Partido Republicano y su odiosa y brutal campaña contra Hillary Clinton, la candidata demócrata. Hasta que finalmente llegó la mañana en que leí en la pantalla de mi tableta que había sucedido aquello que hasta el último momento me resistía a admitir como posible: la elección del candidato populista, que se había destacado por su demagogia misó-

gina y xenófoba, por su profunda desconfianza frente a la cooperación internacional y las instituciones democráticas, y que parecía totalmente impredecible. Este hombre estaba llamado a ser el 45º presidente de Estados Unidos, es decir, estaría al frente de la nación más importante de Occidente¹. Mi reacción esa mañana, y también durante varias semanas después, fue el espanto y la sensación de que algo podía quebrarse, aunque sin saber bien hacia dónde podía conducir: ¿cómo pudo suceder algo así y cómo continuará? Sentí que se producía un colapso histórico.

Ahora bien, la elección de Trump no fue el único terremoto político que hemos experimentado en los últimos años. También en otros lugares del mundo hubo elecciones y plebiscitos que desestabilizaron órdenes aparentemente estables. En junio de 2016, la población británica aprobó por mayoría la salida de su país de la Unión Europea. En las elecciones presidenciales francesas de 2017 ninguno de los candidatos de los partidos establecidos llegó a la segunda vuelta electoral, sino la populista de ultraderecha Marine Le Pen. Esta perdió contra Emmanuel Macron, el fundador de un nuevo partido liberal —*En Marche!*—, quien a su vez tuvo que defenderse en 2018 y 2019 contra las violentas protestas de los «chalecos amarillos». En 2018 llegó al poder en Italia un gobierno populista de derecha. Y en Hungría y Polonia, que en su día fueron democracias modélicas en la región poscomunista de Europa, las instituciones democráticas están en tela de juicio. La Unión Europea, que para muchos significaba el punto final sin alternativas en la evolución de un continente que había aprendido de las guerras del pasado, y el esquema conocido de un sistema de partidos de derecha e izquierda, empezaron a mostrar fisuras. También hemos vivido otros sucesos inquietantes: la crisis financiera global de 2007 puso al borde del colapso a un sistema que muchos economistas habían alabado como una máquina segura de hacer dinero. Ataques terroristas como los de París en 2015 (perpetrados por el «Estado Islámico») y los de Christchurch en Nueva Zelanda en 2018 revelaron la fragilidad de la vida cotidiana de las sociedades occidentales. Los ataques están cada vez más cerca: esta es una percepción compartida.

¿Por qué todas estas cosas nos hacen sentir tan inseguros? La respuesta puede ser dolorosa: ya no las percibimos como casos aislados que nos permiten continuar rápidamente con nuestras rutinas. Lo que aquí se muestra es un patrón: esas esperanzas respecto al desarrollo social que tantos albergaban en los países occidentales desde el final de la Guerra Fría en 1989/1990 se ven totalmente frustradas o al menos relativizadas. Las esperanzas se revelan hoy como meras ilusiones, y el resultado es la *desilusión*. Y esto no solo ocurre en Alemania, sino en todas las sociedades occidentales y, quizá en algunos aspectos, en todo el globo. Después de 1990, los medios, la política, la economía y grandes partes del debate intelectual dedicaron sus energías a tejer una gran narrativa en torno al progreso social, económico, político técnico y cultural. El politólogo norteamericano Francis Fukuyama, con un giro tomado de Hegel y de su exégeta Alexandre Kojève, impuso el concepto de «fin de la historia»: es como si hubiéramos ingresado en la recta final de la historia universal y llegado a un estado en que el orden institucional de la política y la economía hubiera conquistado una forma que ya no requiere ningún tipo de cambio². Desde el presente, esta narración resulta muy ingenua.

Es cierto que la narración esencialmente liberal sobre el progreso de los últimos treinta años está basada en una serie de evidencias empíricas que conviene tener presentes. A favor del progreso político hablan los movimientos de democratización en Europa del este, Latinoamérica y África, que condujeron a que muchos regímenes autoritarios fueran suplantados por sistemas democrático-liberales. A esto se añade la intensa cooperación global entre los Estados, de lo que la Unión Europea es un claro ejemplo. También cabe mencionar el indudable progreso económico: la globalización y la integración en el mercado mundial de grandes zonas del Sur Global han desencadenado un proceso de industrialización en países emergentes como China e India, trayendo consigo una drástica reducción de la pobreza y el ascenso de una fuerte clase media. En Norteamérica y Europa se ha podido establecer una economía posindustrial del conocimiento que se beneficia especialmente de la revolución digital.

El proceso de digitalización —el desarrollo tecnológico decisivo de las dos últimas décadas— pareció al principio ir estrechamente unido a esta historia de progreso: la interconexión de individuos y organizaciones, internet como espacio experimental para nuevas identidades y cooperaciones y, finalmente, una comunicación que trasciende fronteras y revitaliza la democracia. Todas estas cosas construyeron las esperanzas de la euforia tecnológica. Por último, la narrativa sobre el progreso presentaba también un componente político-social. Podemos señalar las considerables conquistas en cuanto a liberalización y emancipación de las últimas décadas: el impulso para la igualdad entre los sexos, la conquista de derechos para minorías sexuales (por ejemplo, hombres homosexuales, mujeres lesbianas y personas transgénero), la transformación del estilo de vida occidental que, en líneas generales (y en sentido positivo), se ha vuelto más hedónico y cosmopolita y ha dejado atrás alguna de las rigideces del mundo posbélico. En particular, la nueva clase media joven se mueve como pez en el agua en el mundo globalizado. Que el mundo es algo *abierto* se ha convertido para muchos en un sentimiento vital aparentemente inamovible.

Está claro que todos estos procesos existen y que son importantes. La narración liberal sobre el progreso no es falsa. Sin embargo, no puede ser toda la verdad. Quien crea que la idea de progreso se corresponde exactamente con la realidad social es presa de una ilusión. Y también es una ilusión el que, una vez puestos en marcha, los procesos se afianzan casi de manera espontánea. La crisis financiera, el Brexit, los ataques terroristas, la elección de Trump y otros acontecimientos del pasado reciente dejan bien claro que la realidad social es más contradictoria y frágil de lo que nos quiere hacer creer la narrativa sobre el progreso. Además, hay que suponer que, en última instancia, estos sucesos son la expresión de reacciones ante las contradicciones, conflictos y momentos de crisis que se han ido fraguando en las estructuras de la sociedad tardomoderna.

PROGRESO, DISTOPÍA, NOSTALGIA

No es extraño que la narrativa liberal del progreso pareciera tan dominante hasta hace muy poco, sobre todo si ampliamos la perspectiva y consideramos toda la historia cultural de la Modernidad. La sociedad moderna, que se ha ido desplegando lentamente desde el siglo XVIII en los países occidentales de la mano de procesos de industrialización, democratización, urbanización, mercantilización, emancipación y conocimiento científico, ha estado desde el comienzo estrechamente ligada a la idea de trabajar en el progreso, al «proyecto de la Modernidad». Ya lo señaló Reinhart Koselleck: el surgimiento de la semántica del progreso coincide con la realidad de las revoluciones —políticas, económicas y técnicas— de finales del siglo XVIII; siempre las ha acompañado y en parte impulsado³. De algún modo, la Modernidad ha guardado en la memoria la herencia religiosa sobre la certeza de la salvación con su código cultural propio: bajo la forma de creencia en el progreso.

Por supuesto que, en la historia de la Modernidad de los siglos XIX y XX, siempre fue objeto de disputa en qué consistía exactamente ese progreso realizado o esperado: ¿técnica, libertad, igualdad, bienestar y confort, mayoría de edad o emancipación? Además, las olas de optimismo por el progreso siempre se han alternado con las dudas crítico-culturales. Tras las guerras napoleónicas comenzó en la Europa del siglo XIX una larga fase de autoconciencia burguesa y una esperanza inquebrantable en el progreso civilizatorio (no por casualidad acompañada de imperialismo y colonialismo). En la transición hacia el siglo XX, el optimismo progresista pasó el testigo a los movimientos socialistas. Después de la Primera Guerra Mundial se instaló una fase de profunda inseguridad intelectual y se extendió una actitud escéptica que, entre algunos intelectuales, derivó en un miedo apocalíptico ante la temida caída de la modernidad europea (léase, por ejemplo, *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler o *La rebelión de las masas*, de José Ortega y Gasset)⁴. Tras la ruptura civilizatoria que supuso el fascismo y el holocausto, después de la Segunda Guerra Mundial el optimismo liberal en el progreso se restableció con sorpren-

dente rapidez en Europa occidental y Norteamérica. Vinieron los treinta glorieuses (Jean Fourastié) con el ascenso de las sociedades del bienestar occidentales y las visiones de una modernidad técnico-industrial perfecta. En los años setenta, estas sociedades se vieron confrontadas primeramente con el debate económico y ecológico acerca de los «límites del crecimiento», y con la incómoda crítica social posterior a 1968. Posteriormente se derrumbó el sistema comunista, irrumpió el último y más radical impulso globalizador y comenzó la revolución digital, precisamente esa fase renovada de narración liberal sobre el progreso en una era de supuesta ausencia de fronteras, algo que actualmente se pone en duda en gran medida.

Resulta revelador considerar las coyunturas de los diferentes discursos sociales sobre el progreso que se formularon en el pasado. La mirada histórica relativiza algunas cosas, tanto la ciega confianza en un avance del desarrollo libre de contradicciones como la atmósfera derrotista y de catástrofe que siempre viene después. Actualmente, todo el espacio está ocupado por el género de la distopía⁵. El desengaño ante el escaso contenido de realidad del ideal liberal de progreso es tan grande en algunas personas que ahora, impulsados por emociones intensas como la furia o la tristeza, tienden a caer en el otro extremo. Si el discurso público fuera un paciente en terapia psicológica, habría que diagnosticar rasgos maníaco-depresivos: a la euforia ilimitada le sigue con aparente fluidez un sentimiento de profunda desesperación (que en algunas personas parece ir unido a una secreta alegría ante el supuesto desastre que nos espera).

Las distopías actuales apuntan en diferentes direcciones. Tienen una enorme presencia mediática los diagnósticos de caída provenientes del contexto de las nuevas derechas, especialmente en el mundo digital, pero también en libros de gran popularidad en el mercado. En última instancia, lo que hacen es reactivar la filosofía cíclica de la historia de Spengler de la «decadencia de Occidente». De una manera completamente diferente, y a raíz de la crisis financiera, encontramos algunas voces que reúnen evidencias sobre la inminente caída definitiva del capitalismo (fundamentalmente en el campo de izquierda crítico con este sistema).

Un derrumbe que, a falta de alternativas socialistas, muchos autores imaginan como una crisis permanente y sin salida. A esto se añade que entretanto el discurso público sobre la digitalización ha pasado casi totalmente de la euforia tecnológica a una crítica global de la técnica. Esta crítica asocia la revolución digital principalmente con un control total de los usuarios por parte de recolectores de datos económicos o estatales, con filtros burbuja y una comunicación deteriorada y, por último, con la automatización y el desempleo masivo.

A la vista de estos escenarios catastróficos, el discurso público y político de la actualidad se agarra al clavo ardiendo de la *nostalgia*. Precisamente, esa modernidad industrial de las tres décadas de bienestar de 1945 a 1975, que hace muy pocos años parecía totalmente «de ayer», se ha transformado entretanto en una superficie de proyección de anhelos nostálgicos de variado color: una nostalgia de derecha, de izquierda y de centro. La nostalgia de derecha en Estados Unidos, Francia o Alemania enaltece el modelo entonces vigente de familia y de los sexos, la moral conservadora y la supuesta homogeneidad cultural. La nostalgia de izquierdas anhela una mayor igualdad social, la fuerte clase trabajadora del sector industrial y el estado de bienestar de la vieja sociedad industrial. Finalmente, la nostalgia del centro mira con melancolía una era de partidos populares y de asociaciones integradoras, una amplia clase media y un ritmo de vida supuestamente más lento. Este hallazgo de la nostalgia puede ofrecer una tendencia retro más bien estética y sin consecuencias políticas, pero también es cierto que diversos populismos políticos se sirven eficazmente de ella.

LA DESILUSIÓN COMO OPORTUNIDAD

La transformación del debate público desde un optimismo imperturbable en el progreso hacia la distopía y la nostalgia, de una mirada selectiva a otra, no nos facilita precisamente la tarea de comprender y relacionarnos con las estructuras de la sociedad actual. Así y todo, el fin de las

ilusiones no tiene por qué desembocar irremediablemente en un pesimismo omnipresente. La falta de ilusión puede ser una virtud que haga posible un realismo sobrio y abra el espacio para el análisis. Más allá de los planteamientos distópicos y nostálgicos, vale la pena desarrollar una perspectiva no dogmática y diferenciada que sea crítica sin caer en un vago ajuste de cuentas con la actualidad. Es aquí donde entra en juego la sociología, pues es capaz de ofrecer precisamente ese análisis sobrio del presente. Tal como la entiendo, la sociología, en su investigación de las estructuras y procesos de cambio sociales, no profesa una fe ciega en el progreso que blanquee las contradicciones y ambivalencias características de la Modernidad tardía, tampoco les atribuye un carácter moral ni se refugia en escenarios de decadencia. En cierto modo, un «socioanálisis» realista contiene muchos paralelismos con el psicoanálisis, tal y como Sigmund Freud lo desarrolló para los individuos y la cultura. Porque tampoco el psicoanálisis promete una solución total a las contradicciones en una existencia fraternal y armónica. El beneficio de la Ilustración —el progreso analítico— consiste más bien en hacer visibles las paradojas y ambivalencias para poder reflexionar sobre ellas y, con esta mirada transformada sobre las cosas, animar a dar pasos realistas para poder cambiarlas.

Es en este sentido que los textos reunidos en este volumen pretenden poner bajo la lupa las estructuras contradictorias de la sociedad actual, que se vuelven opacas tanto frente a una narrativa del progreso demasiado ingenua como frente a los diagnósticos alarmistas de la caída. Por tanto, no pueden esperarse valoraciones terminantes ni soluciones simples. Al contrario, quien resista las ambivalencias y sepa enfrentarse a ellas de forma productiva tiene una clara ventaja en la Modernidad tardía. De todos modos, la capacidad psicológica elemental de tolerar la ambigüedad lo tiene difícil en el clima del debate actual, con sus claras distinciones entre amigo-enemigo⁶. En mi libro *Die Gesellschaft der Singularitäten. Zum Strukturwandel der Moderne* [La sociedad de las singularidades. El cambio estructural de la Modernidad] intenté exponer sistemáticamente una teoría de la sociedad tardomoderna con sus con-

tradiciones. En los textos que integran el presente volumen deseo afinar algunos aspectos de esta teoría de la Modernidad tardía, tratando en igual medida la dimensión política, económica y cultural. Ahora bien, con el término sociedad actual no se hace referencia solamente a Alemania, sino a la totalidad del mundo occidental, el cual —a pesar de las diferencias nacionales— se ve expuesto a similares transformaciones y problemas en Norteamérica y Europa. A su vez, la transformación de Occidente solo es comprensible dentro de un marco global.

DE LA MODERNIDAD INDUSTRIAL A LA SOCIEDAD DE LAS SINGULARIDADES

El punto de partida de mi perspectiva sobre la sociedad actual es que estamos experimentando un profundo cambio estructural de la sociedad en el cual durante los últimos treinta años la sociedad industrial moderna, clásica, se ha transformado en una nueva forma de modernidad que denomino *Modernidad tardía*. Pero la comprensión de las estructuras de esta Modernidad tardía está todavía en vías de desarrollo.

La modernidad industrial se fraguó a comienzos del siglo xx y alcanzó su punto álgido en las sociedades del bienestar de esos treinta años gloriosos de la posguerra hasta entrados los años setenta. Era una forma social que apostaba por la racionalización, la tecnificación y la planificación de todos los aspectos de la vida. La producción industrial en serie en grandes establecimientos industriales era tan característica como la planificación de vivienda masiva, la planificación global keynesiana de la economía, la construcción del estado de bienestar y la firme creencia en el progreso técnico. Para los individuos, la modernidad industrial significó vivir en una *affluent society* [sociedad opulenta] (John Kenneth Galbraith) con un nivel de vida relativamente igualitario. Había un alto grado de control social y de homogeneidad cultural, así como de conformismo cultural; la distribución clara de los roles entre los sexos y la discriminación de las minorías sexuales y étnicas no eran la excepción,

sino la regla. En palabras del historiador francés Pierre Rosanvallon, esta era una «sociedad de iguales», con todas sus luces y sus sombras, una sociedad en la que imperaban las reglas de lo general y de lo colectivo⁷.

Esta sociedad industrial clásica ya no existe de esa manera, aunque siga rondando en algunas cabezas como medida de todas las cosas. Por supuesto que algunos de sus componentes siguen existiendo en ciertos ámbitos, pues siempre existe una simultaneidad de lo históricamente incompatible. Pero, como formación social dominante, se ha visto suplantada por otra que algunos sociólogos han catalogado como posmoderna y otros como modernidad avanzada, segunda modernidad o hipermodernidad. Yo utilizo el concepto de Modernidad tardía. Este cambio estructural comenzó su andadura en las décadas de los setenta y ochenta: los acontecimientos emblemáticos fueron la revuelta estudiantil de 1968, la crisis del petróleo en 1973 y el consiguiente colapso del sistema financiero de gestión centralizada de Bretton Woods, así como el desarrollo en 1976 del Apple I, el primer ordenador personal accesible. La Modernidad tardía alcanza la madurez en los años noventa. Se distingue, entre otras cosas, por una globalización radical en la cual empieza a suprimirse la distinción tan típica y clara de la sociedad industrial entre un «primer», un «segundo» y un «tercer mundo», y las fronteras entre el norte y el sur globales se diluyen cada vez más. En algunas partes del sur se produce una modernización vertiginosa, mientras que algunas partes del norte pierden su posición privilegiada.

Supone todo un desafío conceptualizar de forma coherente las características estructurales de la tardomodernidad. La narrativa liberal del progreso destacaría aquí principalmente —como señalé al comienzo— los conceptos de globalización (entendida de manera positiva), democratización, expansión de los mercados, liberalización e interconexión. De este modo, el cambio estructural se entendería de manera unidimensional como un desarrollo lineal. Sin embargo, tenemos que aprender a entender la Modernidad tardía como una formación social contradictoria y conflictiva, caracterizada por la simultaneidad del ascenso y el descenso sociales, por la concurrencia de la revaloración y la desvalorización cul-

turales y, finalmente, por procesos de polarización. Y esto es justamente lo que la hace explosiva. En la mayoría de los casos, estas asimetrías y disparidades estructurales no han sido planificadas ni provocadas de forma deliberada, sino que son lo que los sociólogos denominan consecuencias no intencionales de la acción. Precisamente por eso son irritantes.

En oposición a la sociedad de iguales de la modernidad industrial, la Modernidad tardía adopta cada vez más la forma de una *sociedad de singularidades*⁸. Formulado de manera más aguda significa lo siguiente: mientras que la modernidad industrial en sus diferentes ámbitos se basaba en la reproducción de estándares, de normalidad y uniformidad, y se podía hablar de un «dominio de lo general», la sociedad tardomoderna se orienta a la elaboración de peculiaridades y de cosas únicas, premia las diferencias cualitativas, la individualidad, la particularidad y lo extraordinario. Si queremos utilizar una conceptualización habitual en la sociología y en el debate político, podríamos describir la tardomodernidad en una primera aproximación como una sociedad del individualismo radicalizado. En cierto modo, lleva al extremo un individualismo que ya era característico de la modernidad desde el comienzo. Pero el concepto tradicional de «individualismo», al igual que el de «individualización», me parece demasiado ambiguo y al mismo tiempo demasiado limitado para describir con precisión los procesos sociales y culturales que caracterizan a la Modernidad tardía⁹.

Por eso, prefiero el concepto de *singularización*, que designa con mayor precisión los procesos sociales en los que se esperan, fabrican, valoran positivamente y celebran las particularidades y unicidades, lo irremplazable, lo incomparable y lo superlativo¹⁰. En la tardomodernidad se instala a gran escala una lógica social de la singularización que, en fases más tempranas de la Modernidad, existió solamente en segmentos muy reducidos de la sociedad. Esta lógica presenta una estructura inevitablemente paradójica: en ámbitos centrales de la sociedad se forman estructuras y prácticas *generales* cuyos intereses se orientan sistemáticamente hacia lo *particular*. Por tanto, las singularidades no se mueven fuera del mundo social o contra él, sino que se encuentran en su

mismo centro. Estas no son «abandonadas a su libre arbitrio», sino que se elaboran en la praxis social.

A diferencia de la individualización, los procesos de singularización así entendidos no se limitan solamente a los individuos humanos. Por supuesto que la sociedad tardomoderna sigue premiando la particularidad de los individuos concretos —por ejemplo, un excelente rendimiento profesional, un deportista de élite, una célebre activista climática o una bloguera extraordinaria—, pero también destaca la singularidad de las cosas y de los objetos como, por ejemplo, la supuesta autenticidad y el carácter irremplazable de las mercancías deseadas, de los bienes y marcas, algunos venerados como obras de arte. Esta lógica también somete a la singularización a las unidades espaciales —por ejemplo, las ciudades y paisajes como lugares reconocibles y «valiosos»—, así como a las unidades temporales que interesan como eventos singulares o momentos memorables. Finalmente, la sociedad tardomoderna también singulariza a sus colectivos: desde el proyecto y la red hasta la «neocomunidad» de elección propia, de tipo religioso o regional, que siempre reclaman unicidad. Así, los sistemas de valoración de la Modernidad tardía suelen distanciarse de lo puramente estandarizado y funcional: de los individuos «mediocres» que son meros ejecutores de roles, de las cosas que son solo mercancías industriales fabricadas en serie, de los espacios «despersonalizados» y de las rutinas temporales faltas de interés y fácilmente olvidables y, finalmente, de las colectividades realistas y objetivadas, por ejemplo, en forma de organizaciones con fines racionales. En cambio, el interés social se orienta a lo que se percibe y valora como singular. Solo a esto se concede valor en sentido estricto.

Para decirlo sin rodeos, la Modernidad tardía se muestra como una forma social extremadamente ambiciosa, en la que ya no basta con el promedio, sino que se espera que los individuos, cosas, sucesos, lugares y colectivos abandonen el término medio. Solo la singularización de lo social promete satisfacción, prestigio y carácter identificador; solo ella hace valiosas a las personas y al mundo desde la perspectiva de la cultura tardomoderna. La transformación de una sociedad de iguales en

una de singularidades tiene varias causas. Entre las más importantes se destacan: el cambio estructural de la economía, que pasó del capitalismo industrial al cognitivo-cultural, la revolución tecnológica de la digitalización y, finalmente, el proceso sociocultural en el cual una nueva clase media urbana compuesta por titulados universitarios altamente cualificados y orientados al desarrollo personal y al prestigio individual se ha convertido en la nueva guía de la sociedad.

La estructura «singularista» de la sociedad tardomoderna también muestra necesariamente la otra cara de la moneda: aquello que no puede ni quiere ser singular. Esto se desvaloriza, se mantiene invisible en un segundo plano y obtiene en todo caso un mínimo reconocimiento. Aparece como *sin valor*. Frente a los ganadores existen inevitablemente los perdedores, frente a la valorización la desvalorización, la *depreciación*. La idea central es que la singularización de lo social no es un proceso lineal en el que de algún modo todos pueden ser reconocidos en su particularidad. Con los procesos de singularización no estamos accediendo en absoluto a un «reino de la libertad» posmoderno que haya dejado atrás al «reino de la necesidad» industrial. Antes bien, el premio social a lo singular significa la desvalorización de aquello estandarizado o masificado, que ahora desaparece en un segundo plano. Por tanto, la total singularización de lo social produce asimetrías y disparidades estructurales en las condiciones actuales, de manera inevitable y sistemática.

Esta *doble estructura de singularización y polarización* se aplica a todas las dimensiones de este desplazamiento tectónico que experimentan las sociedades tardomodernas. En los siguientes capítulos de este libro abordaré algunas de estas dimensiones.

En el ámbito de la economía, vemos que el capitalismo ambicioso, globalmente integrado, basado en lo cognitivo-cultural y orientado al desarrollo de productos complejos —objetos, servicios, acontecimientos, formatos mediáticos—, con un alto dinamismo en innovación, creatividad y capacidad de atracción tiene su reverso en la creciente importancia de los llamados servicios simples, de los trabajos rutinarios y repetitivos de personas con escasa cualificación, con bajos niveles de prestigio y seguridad social.

Por otro lado, en el capitalismo cognitivo-cultural dominan las estructuras de mercado que siguen una lógica de *winner-take-all* [el ganador se queda con todo], de manera que los productos extremadamente lucrativos —desde medicamentos de alta tecnología, pasando por futbolistas de élite, obras de arte mundialmente reconocidas, hasta propiedades inmobiliarias en lugares privilegiados— posibilitan una enorme producción de riqueza.

En el sistema educativo tardomoderno, el rápido aumento del porcentaje de personas con estudios terciarios y la feroz competencia entre escuelas y universidades, así como entre los graduados, por la excelencia y la distinción solo es una cara de la moneda. La otra cara es la indirecta desvalorización de la enseñanza básica y media: lo que antes era normal hoy no llega a ser ni el promedio.

En el aspecto de los estilos de vida, las grandes ambiciones y la desvalorización también van de la mano. El modelo vital de la «autorrealización personal», que aspira al carácter único e irrepetible de la propia vida y aporta el valor de la singularidad, convierte la estructuración de la vida cotidiana y de la biografía (trabajo, tiempo libre y vida familiar) en un ambicioso desafío. Este es el reto de la nueva clase media. La otra cara de este proceso reside en la sutil desvalorización cultural o incluso en el desclasamiento social masivo que experimenta la clase media tradicional y la clase precaria. A esto se suma que también en la nueva clase media reina la frustración entre aquellos que no alcanzan los estándares a los que aspiran: el estilo de vida singularizado contiene un enorme potencial de decepción que se fundamenta sistemáticamente.

El mundo digital también se basa en una asimetría fundamental entre los individuos (y también productos, lugares, instituciones) que logran atraer la atención y la estima —muchas veces desmedida— y aquellos que permanecen en la invisibilidad, que están poco conectados y aislados, que no obtienen reconocimiento o que incluso llegan a ser blanco de una atención negativa, del desprecio y el odio.

En el ámbito de las estructuras espaciales, lo característico de la Modernidad tardía es el auge de las regiones metropolitanas. Las ciudades que resultan atractivas concentran los nuevos sectores de la eco-

nomía y sus trabajadores, así como visitantes, y se pone en marcha una competencia suprarregional por la calidad de vida urbana. Pero, por otro lado, surgen regiones «descolgadas», que caen en una espiral descendente de emigración y pérdida de atractivo.

Por todo ello, parece lógico que el singularismo de la sociedad tardomoderna conduzca finalmente a la polarización en el ámbito político. Desde los años ochenta se ha ido imponiendo un nuevo liberalismo que apuesta radicalmente por la competencia y la diferencia, por una dinamización y una disolución global de los límites de lo social, lo económico y lo cultural. Como reacción a este liberalismo, observamos el surgimiento de un populismo agresivo que alienta el aislamiento social de los estados nacionales. Este movimiento cuenta con el apoyo fundamental de los grupos de población que han sido avasallados por el programa de modernización liberal o que temen serlo. Así pues, el reverso oprimido de la sociedad de las singularidades se articula en el populismo.

* * *

En el primer capítulo, «Los conflictos culturales como lucha en torno a la cultura: hipercultura y esencialismo cultural», abordo la cuestión de cómo las sociedades tardomodernas atraviesan un conflicto cultural e identitario. A diferencia de la célebre tesis de Huntington, según la cual estamos ante una lucha entre círculos culturales, muestro que en todo el mundo se están enfrentando dos maneras esencialmente diferentes de relacionarse con la cultura. En una de ellas, en la hipercultura, la cultura ofrece una forma al autodesarrollo de los individuos y un espacio a la diversidad de los mercados globales; en la segunda forma de relacionamiento, el esencialismo cultural, la cultura se entiende como un lugar fijo o como un medio de la identidad colectiva de las comunidades. Así, podemos preguntarnos qué tipo de relación se establece entre estas dos formas de «culturalización», y si existe una alternativa a ambas.

El segundo capítulo, «De la sociedad nivelada de clase media a la sociedad de tres clases: nueva clase media, vieja clase media y clase precaria»,

analiza la nueva diferenciación que distingue la estructura social de los países occidentales y se pregunta por sus causas. A partir del legado de esa clase media omniabarcante de la modernidad industrial, durante el proceso de posindustrialización y de expansión de la educación se ha ido formando una nueva estructura de clases ternaria. Por un lado, ha ascendido una nueva clase media altamente cualificada y urbana —el nuevo patrón de medida de la Modernidad tardía—; por otro lado, existe una nueva clase precaria, compuesta sobre todo por miembros del proletariado de los servicios, que ha ido deslizándose hacia abajo. Entre ambas resiste la clase media tradicional, orientada al orden y la estabilidad. Es evidente que las relaciones entre las clases no pueden reducirse a desigualdades materiales, sino que en ellas el factor cultural de valoración y desvalorización simbólicas desempeña un papel fundamental.

«Más allá de la sociedad industrial: posindustrialismo polarizado y capitalismo cognitivo-cultural» se dedica al cambio estructural del capitalismo occidental. La economía industrial ha perdido su importancia estructural en Occidente. ¿Pero qué significa vivir en una economía posindustrial? Este capítulo explica la transición de la economía industrial a la posindustrial como respuesta a una doble crisis de saturación y de productividad. Destaca las características que adquieren los bienes en un capitalismo cognitivo, basado en activos intangibles, trabajo intelectual y ampliabilidad. También indaga en los mecanismos de un capitalismo cultural cuyos mercados dependen de la reputación variable que adquieren los bienes simbólicos desde la perspectiva de los consumidores. El capitalismo cognitivo-cultural se revela como un capitalismo de los extremos que prepara el camino hacia una profunda economización de lo social.

En «El agotamiento de la autorrealización. El individuo tardomoderno y las paradojas de su cultura emocional» observo la forma cultural dominante en el estilo de vida del yo tardomoderno en su dinámica práctica y psíquica de la vida cotidiana. ¿Qué significa llevar una vida que intenta unir la aspiración «romántica» del desarrollo personal a la meta «burguesa» del éxito social? Este capítulo aborda los dilemas de un estilo

de vida tardomoderno en donde la experiencia subjetiva y la satisfacción psíquica se han convertido en frágiles patrones de la vida exitosa. Este estilo de vida se caracteriza por una cultura emocional paradójica que, por un lado, apuesta en exceso por los sentimientos positivos como propósito vital pero, al mismo tiempo, no ofrece una manera de relacionarse con los sentimientos negativos, las desilusiones y frustraciones que produce sistemáticamente.

El capítulo final, «La crisis del liberalismo y la búsqueda del nuevo paradigma político: del liberalismo aperturista al inclusivo», se ocupa de la crisis política actual, en la que se enfrentan el liberalismo y el populismo. Allí propongo una lectura alternativa de la evolución política desde 1945, que no se percibe tanto como una alternancia entre izquierda y derecha, sino más bien como una transformación de grandes paradigmas políticos de regulación y dinamización sociales. La actual crisis de ese liberalismo que domina desde los años ochenta como una síntesis entre neoliberalismo y liberalismo de izquierda puede interpretarse como una crisis de «sobredinamización». Se plantea la pregunta de qué podemos exigir al «liberalismo inclusivo» para que reemplace a este paradigma y, al mismo tiempo, ofrezca una alternativa a la ola populista.

Exceptuando el primer ensayo, ya publicado en dos versiones anteriores¹¹, los restantes textos de este libro fueron escritos expresamente para este volumen. Los he escrito de tal manera que puedan leerse y comprenderse de forma independiente. Tampoco se exige un orden en la lectura. ¡Los lectores pueden simplemente obedecer a su curiosidad e interés!

Agradezco a la correctora Eva Gilmer por su minuciosa lectura, y también a Moritz Plewa y Julius Voigt por su ayuda en la redacción.

LOS CONFLICTOS CULTURALES COMO LUCHAS EN TORNO A LA CULTURA: HIPERCULTURA Y ESENCIALISMO CULTURAL

Hace aproximadamente un cuarto de siglo, poco después de la caída del Telón de Acero, el politólogo norteamericano Samuel Huntington formuló una tesis irritante en su muy citado libro *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*¹. Huntington afirmaba que el final del conflicto este-oeste no conduciría a una paz duradera. Por el contrario, empezaba a tomar forma una nueva situación de conflicto, menos comprensible pero igualmente amenazadora: una lucha cultural global entre Occidente, Rusia, China, India, el mundo árabe y otras partes del mundo. La tesis de Huntington fue recibida en un primer momento con rechazo. En los años noventa soplaba el viento de un optimismo liberal ilimitado gracias a la globalización, y la mayoría de los observadores visualizaba una marcha triunfal de la modernización de corte occidental a nivel mundial. Pero eso no se materializó. Lo que observamos hoy en día es evidentemente una potenciación de los nuevos conflictos culturales: los ataques terroristas del fundamentalismo islámico, las tendencias nacionalistas en Europa del este y del sudeste, la firme defensa de la propia cultura en China o India y, finalmente, las fuerzas centrífugas de la derecha populista en Occidente, sorprendentemente en países tan centrales como Francia y Estados Unidos.